

# De la lectura a la crítica

## Los caminos de Ricardo Gullón

El crítico no es un juez; es, o debe ser, un lector por vocación, un *amateur* pasado al profesionalismo de la lectura.

Ricardo Gullón

### 1. Persona y personaje

**I**mposible resulta escribir fríamente acerca de Ricardo Gullón, separando el personaje público —el crítico, el investigador—, de su persona. Ello resulta evidente en las notas aparecidas en ocasión de su muerte, en las cuales predominan las referencias a su personalidad antes que a su obra y su actuación. Aquella imagen fuerte y definida donde confluían el saber, el ingenio, el sentido de la amistad, el humor y un estilo vital alegre, categórico y entusiasta, está demasiado próxima todavía, pero ya es hora de hacer un balance —provisorio y perfectible—, de la significación del personaje dentro del mundo hispánico.

En la Argentina lo conocimos al final de la década de los cuarenta, gracias a la mediación de Guillermo de Torre, quien lo introdujo en las revistas *Realidad*, *Sur*, *Ficción*, comentó sus libros y nos los recomendó personalmente. Juzgaba con acierto don Guillermo que Gullón poseía un espíritu universal —que él reconocía en pocos españoles—, imprescindible para sintonizar con lo que denominaba la *porosidad* americana.

Como en el caso de los personajes galdosianos, que él conoció como nadie, su aparición fue progresiva: primero nos llegó su nombre, sus artículos en aquellas revistas argentinas, en *Insula* y *Cuadernos Hispanoamericanos*; posteriormente, sus primeros libros y, finalmente, él mismo en un viaje por América que culminó en la Argentina —Buenos Aires y Mendoza—, en junio de 1970. Su magisterio crítico prendió en mi universidad, donde persona y personaje siguen siendo presencias imborrables, y mantuve con él una larga correspondencia, desde 1962 hasta pocos días antes de su muerte.

Pero este artículo no pretende ser una biografía de Gullón, sino una descripción de sus caminos desde una vocación apasionada de lector, de humanista y «liberal

templado», lleno de inagotable curiosidad ante el espectáculo del mundo y de los hombres, hacia el encuentro con la obra literaria que culmina en un asedio crítico que desborda los límites del texto, en procura de los niveles de la categorización genérica y morfológica y de la teoría literaria.

Su primer encuentro con la literatura se produjo en su Astorga cuyo sustrato —tierra natal, antepasados, familia, amigos de infancia y juventud—, estuvo muy presente en él, hombre tan arraigado en sus afectos como universal en sus preferencias intelectuales. De allí vino la vocación temprana, pero ella se activó poderosamente en el Madrid de finales de la década de los veinte, cuando estaba acabando su carrera de Leyes y simultaneaba la vida alegre de la bohemia estudiantil con omnívoras lecturas, con la camaradería literaria y la redacción de sus artículos primeros en *El Faro Astorgano*, *La Mañana*, de León; *El Noticiero*, de Cáceres.

Muchas veces tuvimos ocasión de escuchar de sus labios, en charlas informales o en conferencias, la evocación de aquellos años turbulentos y brillantes, previos a la guerra civil —la época de Ortega, Valle-Inclán, Unamuno y los jóvenes del 27—, cuando en la casa y en la tertulia de Benjamín Jarnés<sup>1</sup> conoció a Ildefonso Manuel Gil —que sería su amigo de toda la vida—, a Agustín Miranda Junco, Enrique Azcoaga, Valentín Andrés Álvarez, Antonio Espina, Jaime Torres Bodet, Antonio Marichalar, Vicente García Romero, Julio Angulo. Con algunos de ellos compartió la aventura juvenil de las revistas. La primera, *Brújula*, dirigida por Angulo y de la cual fuera él mismo secretario. Luego vendría *Boletín Ultimo*, que tuvo un solo número y un solo suscriptor, Juan Ramón Jiménez. Más larga vida y mayor importancia tendría *Literatura*, aparecida en 1934 y de la cual salieron seis números de notable calidad. Por entonces codirigió con Ildefonso Manuel Gil y Benjamín Jarnés la PEN Colección. (PEN, él mismo lo ha aclarado, significaba Poesía, Ensayo, Novela, y no *Pen, Pluma*)<sup>2</sup>.

En 1933 había ingresado en la carrera judicial y la vocación literaria discurría paralelamente a través de aquellas labores editoriales, en sus lecturas, artículos, reseñas y en su ejercicio de incipiente novelista cuya primera manifestación fue *Fin de semana*, un esbozo narrativo de 1934.

Escribía, además, en el *Diario de Madrid*, en cuya sección *El mundo de los libros*, su firma alternaba con las de Guillermo de Torre y Benjamín Jarnés. Allí hizo crítica de arte y de poesía. Dentro de esta última recordaremos el comentario de *La voz cálida* de su extrañable amigo Ildefonso Manuel Gil, editado como número séptimo de la PEN Colección. (El primero había sido *San Alejo*, de Jarnés.)<sup>3</sup>

Pero la tragedia de la guerra civil ya estaba encima y Gullón, como tantos otros, tuvo que ser protagonista y testigo de cómo, en esas horas de crisis, queda muy poco espacio para quienes procuran que prevalezca su voluntad de equilibrio por sobre las pasiones del momento. (El mismo ha contado un episodio de aquellos días, cuando Guillermo de Torre y Benjamín Jarnés fueron acusados de frecuentar la embajada de Italia, donde trabajaba Angela Mariutti, la viuda de Angel Sánchez Rivero. Gullón

<sup>1</sup> Ricardo Gullón, «Persona y personaje en Benjamín Jarnés», en *Jornadas Jarnesianas, Zaragoza, Institución Fernando El Católico, 1988*, pp. 89-106.

<sup>2</sup> Id., «Benjamín Jarnés», en *Insula*, 46, 15-10-1949, pp. 7-8.

<sup>3</sup> Id., «El mundo de los libros; Monografías de arte», en *Diario de Madrid*, 12-1-1935, p. 4; Id., «Libros del día; poesía de amor», en *Diario de Madrid*, 24-1-1935, p. 4.

procuró ayudar a Torre en aquel trance, pero éste eligió pronto el camino de su auto-exilio)<sup>4</sup>.

El, en tanto, fue nombrado Fiscal de la rebelión militar en Madrid y allí permaneció hasta julio de 1937, fecha en que se trasladó a Alicante como Fiscal de su Audiencia. Luego vendrían nuevos destinos, en especial Santander, donde vivió largos años.

La vocación literaria se mantendría activa durante toda esa etapa. En plena guerra, en 1937, le escribía a Guillermo de Torre desde Alicante, agradeciéndole su invitación para que colaborara en la revista *Sur* de Buenos Aires, y en 1938, en ocasión de la polémica entre su amigo y Antonio Sánchez Barbudo, en torno del tema de literatura liberal frente a literatura dirigida, le enviaba su solidaridad repudiando el sectarismo de su oponente<sup>5</sup>.

Dos años más tarde, en 1940, se produce el reencuentro epistolar entre ambos amigos cuando Torre le escribe desde Buenos Aires dándole noticias de su vida y trabajos<sup>6</sup>, y así se inicia una larga correspondencia, un intercambio abundante de libros, revistas e informaciones que testimonian la continuidad de una relación montada sobre la base de aquella común vocación de hombres de letras.

Durante los años grises de la posguerra, sus deberes de magistrado tampoco interrumpieron la actividad literaria de Gullón, y es por entonces cuando aparece su primer libro crítico, una *Vida de Pereda*, publicado en 1944, que no innova en las reglas tradicionales del género, entra de lleno en materia sin planteos teóricos previos y se limita a una completísima caracterización del novelista santanderino ubicado en su momento histórico-literario. (Cuando en 1951 aparezca *Cisne sin lago. Vida y obras de Enrique Gil y Carrasco*, se advertirá una mayor elaboración: procurará determinar las propensiones esenciales del gran romántico, la génesis de su producción, sus relaciones con sus contemporáneos —desde Espronceda hasta Humboldt—, en suma, la complejidad del personaje reconstruido a través de su obra. Un procedimiento sincrónico le había servido para esta presentación: la descripción de Astorga, patria común del biógrafo y del biografiado, donde se superponen el paisaje natural y el urbano, el espacio histórico y el actual y, en tres tiempos, el pasado medieval, el presente romántico de Gil y Carrasco y el presente del propio Gullón).

Pero antes vendría *Novelistas ingleses contemporáneos* (1945), libro que coloca a su autor en un lugar muy respetable dentro del reducido elenco de críticos españoles que por esos años se dedicaban a las literaturas extranjeras. Como lo señalara Guillermo de Torre, esta obra contenía «[...] la mejor galería de retratos, en nuestro idioma, desde Meredith a Maurice Baring, desde los victorianos a los georgianos, pasando por Conrad, Lawrence, Joyce, Huxley, Virginia Woolf, Morgan, etc.»<sup>7</sup>

Paralelamente seguía manando la veta del narrador que culmina y cierra en su segunda y última novela, *El destello*, de 1948, comentada por Guillermo de Torre en la revista argentina *Realidad*, a fines de ese mismo año, con elogios, no sólo de las virtudes del novelista, sino de su saber en técnicas y estructuras nuevas y matices estilísticos.

<sup>4</sup> *Id.*, «Persona y personaje en Benjamín Jarnés», *Loc. cit.*, pp. 104-105.

<sup>5</sup> Carta de Ricardo Gullón a Guillermo de Torre, 23-10-1937; *Id.*, 12-3-1938.

<sup>6</sup> Carta de Guillermo de Torre a Ricardo Gullón, 16-3-1940.

<sup>7</sup> Guillermo de Torre, «Ricardo Gullón: El destello», en *Realidad*, 12 nov.-dic. 1948, pp. 369-370.